

# los JESUITAS, mis amigos

por HUGO WAST

**M**I vieja gratitud y el entrañable afecto que tengo a la Compañía de Jesús, es algo que está en la tradición de la rama cordobesa de mi familia, es decir, algo que nos ha venido en las corrientes de la sangre, desde muy lejos.

Perdónenme si, a propósito del cincuentenario de la revista "*Estudios*" traigo a cuento recuerdos que más que a ella se refieren a los padres jesuitas, que fueron mis amigos.

Cuando murió nuestra madre, Carolina de Zuviría, quedamos mi hermano Efraín y yo, muy niños ambos, a cargo de nuestra abuela materna, la "mamita Rosa", de quien algo he escrito. Nuestro padre, en mala postura con los políticos de Córdoba, había tenido que irse con su diploma de Abogado a buscar trabajo en Santa Fe, donde tenía amistades, porque allí, en el tradicional Colegio de la Inmaculada Concepción, había cursado el bachillerato.

Vivíamos en la calle Caseros 31, a media cuadra de la hermosísima Iglesia de la Compañía de Jesús, y como la Mamita Rosa era muy piadosa, nos acostumbró a ir a Misa con ella en días de precepto y a asistir a la bendición del Santísimo, o "Nuestro Amo", según ella decía. Ni esas ceremonias, ni los sermones o pláticas que las acompañaban, me hicieron nunca mal y sí mucho bien, aunque no pocas veces cabeceara y hasta me durmiera en alguno.

Teníamos la piadosa costumbre, que ya ha desaparecido con tantas otras cosas buenas, de saludar a los sacerdotes besándoles la mano. Uno de ellos, aquél a quien yo más quería, el Padre Cayetano Carlucci, tenía una manaza rosada y regordeta, que yo veneraba, aunque casi siempre me hacía estornudar, porque sabía conservar entre el pulgar y el índice una buena pulgarada de fortísimo rapé.

¡Inolvidable Padre Carlucci! Era italiano, vigoroso como un mástil, algo obeso, y hablaba con corrección y fluidez, pero con incurable acento natal y una magnífica voz de bajo que hacía temblar los caireles de las arañas en la iglesia.

Recuerdo haberle oído una plática que me ponía los pelos de punta, sobre el infierno, en que algunos desventurados caían por haber amado el mundo y sus pompas y seguido al demonio en sus obras nefandas. Espantosa la pintura de aquella reina que ofendió a Dios y a la Iglesia y durante cuarenta años, por reinar a sus anchas, y al morir impenitente, conociendo su fatal destino exclamó: "¡Cuántos años de reinado y una eternidad de fuego!"

Es seguro que otros oradores sagrados pronunciaban mejor el castellano, pero ninguno podía comparársele en la eficacia de sus descripciones y razonamientos.

El Padre Carlucci fundó por aquellos años, tal vez en 1892, en la calle Independencia, cerca de nuestra casa, un Colegio que puso bajo la advocación de San José.

Ese fue el primer colegio religioso en que cursé las primeras letras, y paréceme que estuve allí tres años. Me quedó una impronta profunda y grata de las cosas que allí me enseñaron y de cómo me las enseñaron.

Mi padre se había instalado definitivamente en Santa Fe; se había casado de nuevo y nuestra madrastra quiso tenernos a su lado. Era en verdad una santa, a quien quisimos mucho y que llegó a cumplir las bodas de oro con mi padre. Nos dio tres hermanitos y una hermanita que fue nuestra predilecta.

Ha sido un santo hogar, pero ya en los primeros tiempos no puede soportar el clima de aquella ciudad y volví a Córdoba, y me inscribí como interno en el magnífico Colegio de Santo Tomás que habían fundado los Padres Escolapios.

Tengo los mejores recuerdos de los años que pasé bajo el patrocinio suave y sabio de San José de Calasanz. Pero en 1898 cursé en el Colegio Nacional de Córdoba el único año que haya estado en instituto oficial. Dicen que no fui un estudiante modelo y yo lo creo también.

Mi padre intentó de nuevo hacerme afrontar el clima húmedo de Santa Fe, y esa vez me probó y pude permanecer los tres últimos años de mi bachillerato en el famoso colegio de los jesuitas, que lleva el dulce nombre de la Inmaculada Concepción.

En Córdoba había conocido y venerado algunos de los grandes bonetes de la Orden, como el P. Infante, el P. Vilanubia, el P. Cherta, el ya apuntado P. Carlucci y el inteligente Hermano Bartling, alemán, notable dibujante, que quiso cambiarme el nombre de pila, porque había sido el de un rey que difundió el luteranismo en Alemania, y me llamó siempre "Ignacio".

En el Colegio de la Inmaculada Concepción traté a diario con los profesores y directores espirituales que eran flor y nata en virtud, ciencias, letras y debo agregar en el insuperable don de gentes, que los hacía sumamente queridos hasta de los malos o traviesos alumnos que nunca faltaron.

El P. Feliú, el P. Bach, el P. Marzal, el P. Simó, el P. Vilella, el P. Barone, el P. Cosillosa y, ¿cómo dejar en el tintero a los Hermanos Molina y Figueroa, siendo infinitamente buenos y afectuosos los dos y este último santo con todas las letras, como, Dios mediante, lo dirá su causa de beatificación que está en marcha?

Habiendo yo cumplido 78 años, tengo casi la seguridad de que si viviera cualquiera de ellos tendría más de un siglo. Afortunadamente para ellos están ya, desde hace bastante tiempo y humanamente pensando, en la gloria, a los pies de la Santísima Virgen de quien fueron tan fieles servidores.

Hasta el Colegio de la Inmaculada Concepción nos llegaba la fama de los principales personajes del Colegio del Salvador de Buenos Aires, y alguno de ellos fue a Santa Fe y por muchos años tuvo en su mano fuerte, a la manera jesuítica —*suaviter in modo, fortiter in re*— la rinda del gobierno. Por dicha nuestra vive aún, y en plena lucidez el que tan excepcionales dotes de gobernante demostró y se hizo querer con verdadera devoción de cuantos lo trataron allí y aquí y en Córdoba. Hablo del P. Juan Castillejo, hombre verdaderamente extraordinario, cortado según el corazón de Dios y que el diablo habría querido cortado a su medida. ¡Buen chasco se llevó el príncipe de este mundo! El P. Castillejo ha sido y quiera el cielo que siga siendo uno de los mejores ejemplos de un hijo de la Compañía de Jesús. Quien quiera saber cómo deben ser estos ejemplos no tiene más que hacerle una visita. A pesar de sus ochenta y tantos años y casi paralítico, es además de lo que acabo de decir, un gran señor, *ad maiorem Dei gloriam*.

Entre los muchos, cuya nombradía, por diversos motivos, nos llegaba a Santa Fe, mencionaré sólo a dos, porque la lista completa sería muy larga, y este que debió ser breve articulejo va saliéndose de madre: los Padres Arnau y Gambón.

El primero porque fue mi Director espiritual, desde 1916, cuando me instalé en Buenos Aires, con mi familia; y el segundo, que estando yo todavía en Santa Fe, hacia 1912 me había dado el espaldarazo literario en su revista "*Estudios*", fundada el año anterior.

Por ese tiempo habíase publicado en Buenos Aires "Flor de Durazno", bajo la firma de un "difunto", Hugo Wast, inocente artificio ideado para justificar un prólogo que a la postre no apareció, y fue buena suerte.

Sabiendo o quizá ignorando quién era el "vivo" que pretendía vestirse con las ropas del muerto, el alumno predilecto del P. Gambón escribió un brillante y generosísimo artículo sobre



dicha novela, que fue la primera publicada con el mencionado seudónimo.

No era empresa del todo fácil, porque ya en diversos ambientes susurrábase cosillas nada favorables del libro. Pero el doctor Atilio Dell'Oro Maini, que era apenas, en ese tiempo, un alumno del Colegio del Salvador, tomó el toro por las espas y sacó a flote la reputación del autor y de la novela.

Allí mostró Dell'Oro Maini las principales fuentes de lo que sería andando el tiempo su estilo, directo, vigoroso, animado, sin la más mínima cesión al lugar común, y correctísimo como correspondía a quien estaba en lo mejor de sus estudios humanísticos.

Todos conocemos hoy la gran figura del Dr. Atilio Dell'Oro Maini, jurisconsulto de nota, orador insuperable, político reputado, autor de libros y folletos de gran sustancia y mucha belleza y arraigada doctrina.

Pero cuando hace medio siglo escribió aquellas límpidas páginas sobre un libro casi anónimo, el escondido que desde tiempo atrás había gustado el acíbar de la maledicencia hasta la crítica en letras de molde, se sintió con una deuda enorme de gratitud hacia el joven discípulo del P. Gambón. Deuda que medio siglo después permanece impaga, pero vive en el recuerdo y el corazón.

Los jesuitas tienen la especialidad, no diré el secreto, de fundar revistas que en poco tiempo adquieren gran autoridad y sirven a la Iglesia tanto como un predicador, y a veces más porque llegan a donde no alcanza la voz del púlpito. Así en Roma la *"Civiltà Cattolica"*, en París *"Etudes"*, en Madrid *"Razón y Fe"*.

El P. Gambón concibió su revista con una modalidad, que imponían las circunstancias de nuestro medio intelectual.

Los artículos de esas revistas, los escriben miembros de la Congregación. Muy rara vez aparece la colaboración de un escritor no jesuita; mientras que en *"Estudios"* la totalidad, o poco menos, es de plumas no pertenecientes a la Compañía, por lo regular de seglares.

No es una norma inflexible, sino una costumbre generosa, gracias a la cual los escritores católicos tienen a su favor todas

las páginas de una revista asaz voluminosa, que ha superado ya el número de mil fascículos.

Lo que esto significa, especialmente para los jóvenes escritores, que no pueden hallar con facilidad periódicos dónde publicar sus trabajos, lo saben los principiantes sobradamente.

No hay que pensar que en nuestro ambiente pueda nadie ganarse la vida con colaboraciones en los periódicos. De modo que cuando un joven escritor da fin a un ensayo o relato o estudio de cualquier índole que sea, y su trabajo es de ideas católicas, ni por un momento piensa en otra cosa que en la dificultad de publicarlo. Está ansioso de difundir su pensamiento y de ir labrándose una reputación de escritor.

¿Cuántos son los centenares, parecidos a millones de autores católicos a quienes "*Estudios*" en 50 años ha brindado sus simpáticas páginas, en la honrosa compañía de otros escritores muchos de ellos famosos?

¿Y cuántos son aquellos cuyos libros han sido juzgados en "*Estudios*" con recto criterio y con un espíritu siempre benévolo, como para no causar en ocasiones difíciles desalientos perjudiciales para la causa católica?

¿Y cuánto es el bien que esta fundación sabia y santa del inmortal P. Gambón ha hecho a las almas con la difusión de la buena doctrina, especialmente de una doctrina ceñida invariablemente a las enseñanzas de la Iglesia?

Es imposible hacer con precisión estas estadísticas, pero los 50 años de "*Estudios*", longevidad única en la historia del periodismo católico, están allí con su imponente presencia. Y el P. Gambón debe sonreír y bendecir desde el cielo a todos los que continúan su obra cristiana y patriótica.

Y no se desestime la empresa.

Buenos Aires, la Capital de un país católico, el Gran Buenos Aires con sus millones de habitantes es un fenómeno en el mundo entero.

Los católicos del Gran Buenos Aires no hemos sido capaces de hacer arraigar en forma definitiva, un diario de nuestras ideas.

Esto revela que reina entre nosotros una indiferencia glacial por estas manifestaciones de la cultura, de la acción y de la apologética.

¿Cuál es la razón? No es del caso tratar el punto y si lo menciono es para ponderar el esfuerzo que implica el haber mantenido viva y vigorosa, durante medio siglo una revista no comercial y en ciertos aspectos chocante para la razón fenicia de quienes la apoyarían con su dinero si no fuera "cosa de curas".

Válganme si puede ser, estas líneas precipitadas para hacerme perdonar el no haber sido más puntual colaborador de "*Estudios*", debiéndole como lo dije más arriba, el espaldarazo de escritor con el seudónimo que después siempre usé.

## *ESTUDIOS*

*Desea a sus  
colaboradores,  
lectores y avisadores  
felices fiestas de*

*Navidad y un próspero Año Nuevo*